

cho, sino que fueron más allá y se explicaban la razón de la existencia del salto de Tequendama. Enojados los dioses por los disturbios de las tribus resolvieron castigarlas, para lo cual hicieron desbordar los ríos Sopó y Tibitó sobre las llanuras, que fueron anegadas y convertidas en un lago inmenso, pereciendo muchos en la catástrofe: otros huyeron á los cerros. Empezó á sentirse el hambre, y entonces rogaron á ese ser misterioso, Bochica, de quien se ha hablado, para que los salvara, y éste reunió en un solo lecho las aguas, golpeó con una vara de oro en las rocas y éstas se abrieron, dándole salida al Fúnsa por el salto de Tequendama. Mas como Bochica quería mucho á su nación, no se contentó con esto, sino que le hizo sentir su agravio á Chibchacum, dios de segundo orden y autor principal de la inundación, obligándolo á cargar la tierra.

Sin embargo, este castigo tuvo sus inconvenientes, porque la tierra un tanto grande, cansaba al dios y variaba de hombro, cambio que ocasionaba siempre los temblores ó terremotos.

EVA VÁSQUEZ V.

INSERCIÓNES. / 377

UN DISCURSO.

Con gusto publicamos seguidamente, el pronunciado por nuestro amigo Nicolás Urrutia, con motivo de la apertura de la Escuela de niñas, el 6 del presente.—Dice así.

Senores: Como miembro de la Comisión de vigilancia, me atrevo á dirigir algunas frases á este lucido auditorio.

Pero hay más: reñidos en este recinto con un objeto tan patriótico como el que nos proponemos, es imposible guardar silencio: nuestros labios se abren casi involuntariamente para dejar escapar los sentimientos del corazón, que, siendo la parte más noble del organismo humano, no puede menos que saludar con entusiasmo toda acción generosa ejecutada por el respetable cuerpo social.

En efecto; tal vez en vuestra vida no habréis contribuido á solemnizar un acto más serio y trascendental que el presente: se trata de la educación de la mujer, la síntesis de la felicidad humana, y con eso está dicho todo.

Cuarenta siglos habían transcurrido desde la creación del universo según el Génesis: las naciones estaban entregadas á la dominación de la fuerza; la mujer, lejos de ocupar el elevado puesto á que está llamada, era objeto de tráfico, como simple mercancía; el hombre se apartaba del bienestar real; el mundo entero caminaba á un abismo; cuando de pronto se presenta en Nazaret una linda doncella, llamada María, y de ella nace Jesús, cuya aparición cambia la faz de la tierra y cuya doctrina conmueve profundamente el universo.

Desde ese grandioso suceso, la compañera del hombre llegó á desempeñar su verdadero papel en la sociedad.

He allí que la educación de la mujer viene á ser un desarrollo de la doctrina del Crucificado.

Pero ¿de qué manera es como la mujer debe llenar la sagrada misión que le esta encomendada? ¿Será inspirando el vate ó guiando las acciones del entusiasta galán? ¿será haciendo la felicidad de su esposo? ¿será cantando ella misma las sublimes escenas de la naturaleza? ¿será derramando su sangre por la patria, como nuestra inmortal Policarpa? ¿sera, en fin, yendo á buscar entre las paredes de un convento, el lenitivo para la intranquilidad de su espíritu? —Ella tiene una misión más augusta, y ésta empieza al llegar á ser madre de familia.

No puede haber un cuadro tan hermoso y conmovedor como el que nos presenta una madre poniendo las primeras bases de educación en los tiernos corazones de su prole; en donde quizá están confundidos el filósofo con el poeta, el orador con el matemático, la monja con la matrona, el sacerdote con el héroe.

De allí la necesidad de educar á la mujer; de allí el beneficio que la sociedad reporta con tal educación.

Señoritas Directoras: Entre todas las personas que hasta aquí han visitado nuestro feraz y rico Municipio, muy pocas habrán traído un fin tan filantrópico y laudable como el vuestro.

La labor que hoy iniciáis es difícil y tardía; pero; en cambio, ofrece halagüeñas esperanzas y satisfactorios resultados.

Quizá no me será posible estar en este lugar cuando presenteis ante el público barbaicano el fruto de vuestras asiduas tareas; pues la suerte ha querido que yo ande siempre como la avejilla tras de su niño arrebatado, como la brújula tras del constante norte. Mas, el que desde niño ha saboreado el amargo pan del dolor, mira con indiferencia el ceño adusto de la desgracia y ríe de su terrible cortejo.

Vosotras, sin embargo, estáis en medio de un pueblo caballeroso y justiciero, que sabrá corresponder vuestras fatigas y finezas. Y si alguna vez regresáis al bello suelo que tuvo la fortuna de veros nacer, iréis colmadas de todos aquellos opimos frutos que produce el hermoso árbol de la gratitud.

He concluido.

NICOLÁS URRUTIA.

(Tomado de *El Montarés de Barbaacas*.)

EL CARACTER POR SAMUEL SMILES. / 378

(Traducción de Venancio G. Maurique)

(Continuación.)

Mediante las ganancias que hizo con estos esfuerzos supremos, Scott vió disminuir sus deudas rápidamente, y esperaba que al cabo de algunos años quedaría libre del todo. Pero no había de ser así. Siguió publicando obras como su *Conde Roberto de Paris*, en que se nota que su talento iba flaqueando, hasta que al fin quedó completamente abatido por un nuevo y más terrible ataque. Comprendió entonces que estaba al terminar su carrera: su fuerza física había desaparecido; ya no era "el mismo," y sin embargo, su valor y su perseverancia no le faltaron jamás. "He sufrido terriblemente"—escribía en su diario—"en lo físico aun más que en lo moral, y bien quisiera á veces poderme acostar y dormir para no volver á despertar. Pero todavía me salvaré si puedo."

159
PROYECTO DE INVESTIGACIONES
LA PRACTICA PEDAGOGICA
DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA

Se repuso lo bastante para poder escribir el *Castillo peligroso*, pero ya en él no se reconocía su mano. Hizo entonces su último viaje á Italia en busca de reposo y de salud, y durante su permanencia en Nápoles, apesar de cuanto se le aconsejaba, consagraba muchas horas todos los días á la composición de una nueva novela, que no llegó á publicarse.

Scott volvió á Abbotsford para acabar allí sus días. "Muchas cosas he visto,"—decía en su delirio—"pero nada vale lo que mi casa; dejadme pasear otra vez." Una de las últimas frases que pronunció en un momento de lucidez, fué digna de él: "Yo soy acaso el autor que más ha producido en su tiempo, y es para mí un consuelo pensar que no he tratado de inquietar las creencias ajenas, ni de corromper principio alguno, y que jamás he escrito nada que en mi lecho de muerte quisiera poder borrar." Su última recomendación á su hijo político, fué: "Lockhart, no me queda sino un minuto para hablarte. Mi querido amigo, procura ser siempre virtuoso,—religioso—bueno. Ninguna otra cosa podrá consolarte cuando te encuentres como yo me encuentro ahora." La conducta abnegada de Lockhart, fué digna de su noble padre político. La *Vida de Scott*, que él escribió más tarde, le costó muchos años de trabajo, y fué obra que obtuvo un éxito extraordinario. No lo produjo, sin embargo, ventaja alguna pecuniaria, porque él cedió todas las ganancias de ella á los acreedores de sir Walter Scott, para el pago de deudas de que él no era en manera alguna responsable, sin atender más que á un sentimiento de honor y de respeto por la memoria del ilustre difunto.

CAPÍTULO VII.

El deber.—La sinceridad.

Deber! Idea maravillosa que no obra ni por tierna insinuación, ni por lisonja, ni por amenaza, sino simplemente poniendo la ley de manifiesto en el alma, é imponiendo así siempre respeto, si no obediencia. Ante ti callan las pasiones, sea cual fuere su rebeldía interior. KANT.

El deber es una cosa que hay que pagar, y todos tenemos que satisfacerlo so pena de caer en descrédito y en una especie de insolvencia moral. Es una obligación, una deuda, cuyo pago exige esfuerzos voluntarios y una acción resuelta é incesante.

El deber abraza toda la existencia: comienza en el hogar de la familia, donde los niños tienen deberes para con sus padres, y los padres deberes para con sus hijos; así como hay también en él los deberes respectivos de los maridos y de las esposas, de los amos y de los criados, en tanto que, fuera de la familia, existen los deberes que obligan entre amigos y vecinos, entre jefes y empleados, entre gobernantes y súbditos.

"Pues pagad á todos"—dice San Pablo—"lo que se les debe: á quien tributo, tributo: á quien pecho, pecho: á quien temor, temor: á quien honra, honra.

"No debais nada á nadie: sino que os améis los unos á los otros: porque el que ama á su prójimo, cumplió la ley." (1)

Nuestra vida no es, pues, más que una larga serie de deberes, desde el día en que entramos en ella hasta el momento en que la dejamos: deberes para con los superiores, para con los inferiores y para con los iguales; deberes para con los hombres, y deberes para con Dios. Donde quiera que hay facultades que utilizar ó que dirigir, allí hay deberes que llenar

(1) Epístola de San Pablo á los romanos, cap. XIII.

porque nosotros no somos sino intendentés encargados de administrar los caudales que se nos han confiado para nuestro propio bién y para el de los demas.

El sentimiento permanente del deber es la coronación del carácter: es el principio que sostiene al hombre en las más elevadas regiones; y, sin él, vacila y cae al primer soplo de la adversidad y de la tentación, mientras que inspirados por él, los más débiles se sienten fuertes y llenos de valor.

"El deber" dice Mrs. Jameson—"es el cemento que sostiene todo el edificio moral: sin él, la fuerza, la bondad, la inteligencia, la verdad, el amor mismo, no alcanzan duración alguna; y el andamio entero de la vida se desploma al fin sobre nosotros, dejándonos sumidos en las ruinas, absortos ante nuestra propia desolación."

El deber se funda en la justicia, en la justicia inspirada por el amor, que es la forma más perfecta de la bondad. El deber no es un sentimiento, sino un principio que penetra en la vida, y que se manifiesta en la conducta y en las acciones, determinadas por la conciencia del hombre y por su libre albedrío

Reconócese la voz de la conciencia por el deber cumplido; y la inteligencia, por grande, por brillante que sea, si no se sujeta á la regla y al imperio de él, no es más que débil lumbré susceptible de estraviarnos. La conciencia eleva al hombre, y él se mantiene recto y firme por su propia voluntad. La conciencia es la guía moral del corazón; ella es la que gobierna lo que hay de bueno en nuestras acciones, en nuestros pensamientos, en nuestra fé, en nuestra vida, y solo mediante su influencia puede llegar á su completo desarrollo un carácter noble y honrado.

En vano empero levantará la voz la conciencia, si no cuenta con el apoyo de una voluntad enérgica. La voluntad puede elegir libremente entre el bién y el mal, pero nada vale esa elección si no va acompañada de una acción inmediata y decisiva. Cuando el sentimiento del deber es profundo, cuando ya tiene trazado el camino, entonces es cuando una voluntad firme, sostenida por la conciencia, le permite al hombre seguir resueltamente adelante, y realizar sus propósitos, á despecho de dificultades y peligros. Y, aun dado que el éxito de sus esfuerzos le fuera adverso, todavía podrá decir ese hombre que sucumbió cumpliendo con su deber.

"Sé pobre, amigo mio, y permánecese pobre"—decía Heinzelnad—"mientras que otros que te rodean se enriquecen por el fraude y la deslealtad; no ambiciones destinas ni poder aunque los que viven contigo mendiguen altos puestos; soporta el pesar de las esperanzas frustradas, aunque los demás realicen las suyas á fuerza de adalación; renuncia al cariñoso apretón de manos con que otros se arrastran y cometen mil bajezas. Arrópate con tu propia virtud y busca, al mismo tiempo, que tu pan de cada día, un amigo verdadero. Y, si ves el día en que hayas encanecido conservando intacto tu honor, entonces bendice á Dios y muere tranquilo"